

EL SINECISMO DE MEGALÓPOLIS Y LA CREACIÓN DE LA CONFEDERACIÓN ARCADIA

The sinecism of Megalopolis and the origin of the Arcadian Confederation

M.^a Cruz CARDETE DEL OLMO

Universidad Complutense. Correo-e: mcardete@hotmail.com

Fecha de aceptación definitiva: 15-09-2005

BIBLID [0213-2052(2005)23;293-311]

RESUMEN: El área de expansión de Megalópolis es una considerable extensión de terreno (unos 1.500 km²) que ocupa prácticamente todo el centro y sur de Arcadia. El sinecismo de Megalópolis, conseguido a costa de las comunidades parrasia, menalia y eutresia, supuso un trasvase demográfico y un cambio cultural muy importante que generó todo tipo de problemas políticos, hábilmente contestados desde el poder a través de la manipulación ideológica basada en la religión y la creencia. Así mismo, la fundación de Megalópolis fue el motor de arranque de la Confederación Arcadia que, por un corto período de tiempo, pretendió convertir a esta región en un referente de la política griega.

Palabras clave: Megalópolis, sinecismo, Confederación Arcadia.

ABSTRACT: Megalopolis had a great area of expansion (1.500 km²) which embraces the centre and south of Arcadia. The sinecism of Megalopolis was possible thank the territories of Pharrasia, Menalia and Eutresia tribes. This sinecism involved a great demographic and cultural change which created many political problems. Megalopolis fought again them through ideological manipulation based on religion and beliefs. Moreover, the Megalopolis foundation was the origin of the Arcadian Confederation which tried, for some years, to transform this region into a reference of Greek politics.

Key words: Megalopolis, sinecism, Arcadian Confederation.

1. LA CONSTRUCCIÓN DE MEGALÓPOLIS: EL SINECISMO

El sinecismo de Megalópolis es un tema tratado con cierta atención por las fuentes antiguas tardías, pero las dos más importantes son Diodoro Sículo¹ y Pausanias², los cuales nos dan dos visiones diferentes del sinecismo y de sus implicaciones sociales, así como de la fecha en la que se fundó la ciudad, que oscila entre el 371-370, justo después de la batalla de Leuctra³ (Roy, 2000b, p. 308; Hornblower, 1990) y el 368-367, poco después de otra gran batalla arcadio-espartano, la llamada «sin lágrimas», puesto que la Pitia vaticinó a los espartanos que la ganarían «sin derramar lágrimas», como así ocurrió⁴ (Sealey, 1976, p. 435; Dusănić, 1970, p. 319; Moggi y Osanna, 2003, p. 421). El motivo de la nueva fundación es, sin embargo, el mismo en ambas fuentes: hacer frente a la amenaza espartana.

Para Diodoro se trató de un sinecismo de dimensiones limitadas que afectó a veinte comunidades de las tribus parrasia y menalia, comunidades que sufrieron una recolocación territorial y una absorción política por parte de la nueva urbe con vistas a una mejor defensa de las razias espartanas (Fig. 1). La recolocación en Megalópolis, un área estratégicamente situada, no fue inmediata, sino que se prolongaría desde el 368, fecha de la fundación federal para este autor, hasta el 361. En este año un número indeterminado de las 20 comunidades que formaron parte del sinecismo se rebelaron y, gracias a diversos apoyos (los mantineos y sus aliados y otros arcadios no especificados), lograron regresar a sus hogares, al menos durante cierto tiempo, pues muy pronto los tebanos intervinieron para obligar a los rebeldes a regresar a Megalópolis. Los antiguos emplazamientos se abandonaron y las comunidades desaparecieron.

Pausanias, por su parte, dibuja una narración más vívida (la prosa de Diodoro es muy descriptiva) y un proyecto hartamente ambicioso (41 comunidades pertenecientes a 7 grupos políticos diferentes) que no fue llevado a cabo en su totalidad, aunque no quede claro qué partes del plan se hicieron realidad y cuáles no (Fig. 1). Su relato define el sinecismo como una recolocación completa, un vuelco social y político radical basado en el modelo argivo. Sus fuentes no pueden identificarse con precisión, pero todo indica que eran un producto de la tradición oficial arcadia promovida por la propia Megalópolis (Hejnic, 1961; Roy, 1968; Nielsen, 2002, p. 428).

Siguiendo a Moggi (1974, pp. 98-100 y 1976, pp. 293-325), creo que el relato de Diodoro se ajusta más al plan primitivo y que Pausanias, al basarse directamente en fuentes producidas por Megalópolis, agranda los éxitos del sinecismo, tanto territorial como políticamente⁵. Así pues, podríamos resumir el proceso de la

1. Diod. XV 72, 4 y XV 94, 1-3.

2. Paus. VIII 27, 1-8.

3. Paus. VIII 27, 8 y Stef. Bizan. v. *Megále pólis* (371-370).

4. Diod. XV 72, 4 (368-367); *FGrHist* 239 F 73 (mármol pario del Ashmolean, 370-369).

5. Roy defiende la postura de Pausanias frente a la de Diodoro, al igual que lo hace DUSĂNIĆ (ROY, resumido en NIELSEN, 2002, pp. 329-433; DUSĂNIĆ, 1970, 319-331). Los planteamientos de unos y otros

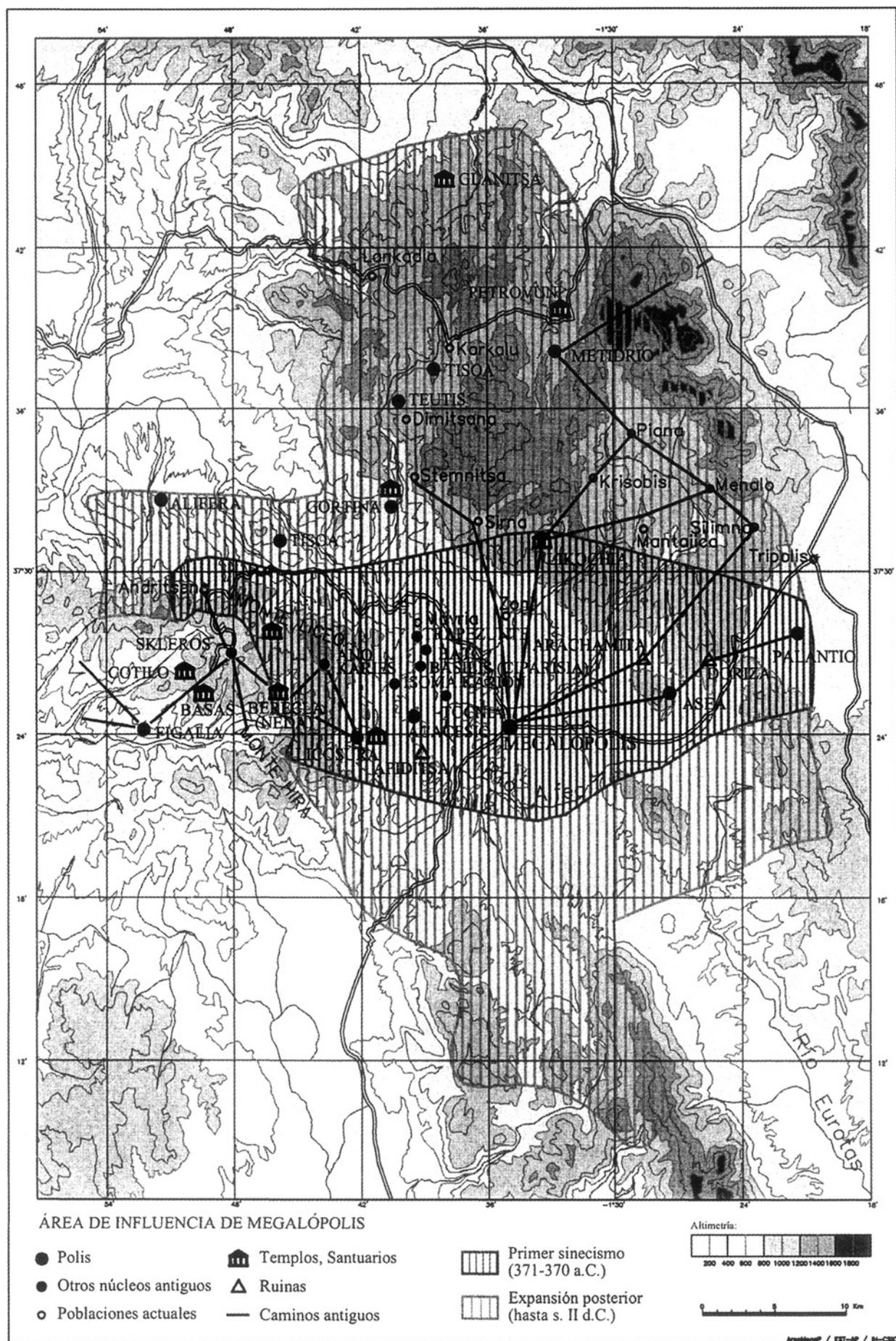


FIG. 1. Área de influencia de Megalópolis.

siguiente forma. El sinecismo original comprendía sólo a menalios, eutresios y parrasios, pero una vez conseguida esta primera fase Megalópolis se transformó en un Estado expansionista y acabó reclamando a todas las comunidades que Pausanias lista como parte del sinecismo originario. La «tradición oficial» pretendía justificar el expansionismo megalopolitano y por ello sostenía que los territorios posteriormente anexionados (Palantio, Asea y Dipea de la tribu menalia; Alifera y Gortina de la cinuria y Metidrio, Teutis y Tisoa de la *synteleia* orcomenia) formaban parte, en realidad, del plan primitivo. Moggi llega a esta conclusión basándose en las siguientes fuentes.

En primer lugar, la lista de fundadores arcadios, donde Pausanias sólo nombra a las tres grandes ciudades arcadias (Tegea, Clítor y Mantinea) y a dos de los siete grupos políticos que supuestamente formaron parte del sinecismo, precisamente a menalios y parrasios.

En segundo lugar, la lista de los *damiorgoi* del Decreto de Filarco⁶, decreto de *proxenia* dictado por la Confederación Arcadia ca. 360⁷. La lista la forman 50 nombres organizados según el origen de los oficiales participantes. Tegea, Mantinea, la Cinuria, Orcómeno, Clítor, Herea y Telpusa tienen todas 5 oficiales; Megalópolis, en cambio, cuenta con 10, la Menalia, con 3 y Lépreo con 2. Los parrasios no aparecen en este decreto, lo que hace suponer a Moggi que habían sido totalmente absorbidos por el sinecismo, como lo fueron en gran parte los menalios, que sólo cuentan con 3 representantes.

En tercer lugar, las afiliaciones tribales de las comunidades rebeldes que ofrece Pausanias⁸ refuerzan la idea de que sólo eutresios, parrasios y menalios se vieron afectados por el sinecismo y, por tanto, sólo ellos se rebelaron. De la misma forma, la mayor parte de los cultos absorbidos por Megalópolis proceden del área parrasia que, por tanto, puede entenderse como el núcleo fuerte del proceso.

Por último, se basa en el testimonio de Plutarco⁹ y en el de Tito Livio¹⁰ para defender que Megalópolis continuó su expansión después del sinecismo. El primero,

sobre este asunto son complejos, así que me limito a desarrollar la opinión de Moggi que creo es la que mejor explica la fundación de Megalópolis en su contexto político y social. No obstante, como el propio Prof. Moggi aclara, aunque el punto de partida de Roy y el suyo difieren, el resultado al que llegan es muy similar.

6. *IG V 2*, 1.

7. La letra de la inscripción es del iv pero la fecha exacta es difícil de precisar. En principio debería ser posterior al 369, fecha en la que Herea y Orcómeno, que aparecen nombradas en la inscripción con sus correspondientes *damiorgoi*, se adhirieron a la Confederación. Asimismo, debe ser posterior a la fundación de Megalópolis (también difícil de fechar con exactitud), pues esta ciudad aparece en el decreto y es, de hecho, la que más número de *damiorgoi* tiene. Los honores concedidos a los atenien-ses permiten suponer que el decreto no se firmaría antes del 366, cuando ambas entidades firmaron un pacto de defensa mutua. La aparición de Mantinea y Tegea implica que debe de ser anterior a la escisión de la Confederación, acaecida en el 363 (Roy, 1972a, p. 45 y 2000b, p. 312); DUSĂNIC (1970, p. 337) lleva las fechas hasta el 343-342.

8. Paus. VIII 27, 5.

9. Plut. *Filopem.* XIII 8.

10. Tito L. XXVIII 34, 6.

en un pasaje de la *Vida de Filopemen*, indica que existieron comunidades absorbidas después del sinecismo original que trataron de hacerse pasar por originarias, lo que les otorgaba justificación legal para reclamar su *status* de *poleis* independientes. El segundo podría implicar la posible existencia *ca.* 200 de un decreto sobre la fundación de Megalópolis falsificado después del sinecismo para justificar la expansión posterior de la ciudad como originaria, decreto que resultó muy útil en las negociaciones con Filipo V (Moggi, 1974, pp. 82 y 96-97 y 1976, p. 311).

Aquellas *poleis* que describe Pausanias a lo largo del libro VIII se encuentran en territorios que Diodoro no incluye en el sinecismo y, por el contrario, las comunidades que Diodoro dice pasaron a formar parte de Megalópolis desaparecen como comunidades autónomas de la narración de Pausanias. Los cinurios sobrevivieron como Estado tribal y los menalios también, aunque bastante mermados. No obstante, tuvieron que mantenerse centros secundarios en un territorio tan grande (*ca.* 1.500 km²), aparte de núcleos de resistencia (Nielsen, 2002, pp. 431 y 449). De hecho, Megalópolis tuvo serios problemas para asentarse como potencia hegemónica. Tanto Diodoro como Pausanias mencionan conatos de rebeldía que necesitaron de ayuda exterior para ser disueltos y Diodoro explica la situación posterior al castigo de los rebeldes como una calma «relativa».

La pérdida de la *patris*, la obligación de abandonar los hogares para trasladarse a una ciudad de nuevo cuño que nacía con una vocación agresiva, no agradó a la mayor parte de las comunidades de las que Megalópolis se alimentó y provocó problemas sociales y políticos que trataron de ahogarse con una construcción ideológica y publicitaria. Megalópolis aparece en la obra de Pausanias como un gigante fuerte, capaz de desmembrar una comunidad si se le opone, como es el caso de Trapezunte, cuyos habitantes no tuvieron más salida que exiliarse¹¹, o de perdonar magnánimamente a los levantiscos en nombre de las convenciones religiosas, como ocurrió con los habitantes de Licosura, indultados en virtud del respeto al derecho de asilo de un templo como el de Despina, buque insignia, junto al Liceo, de la política religiosa megalopolitana¹².

Creo, por tanto, que Megalópolis fue consciente de que necesitaba justificar su existencia y su permanencia y de que, para ello, diseñar una adecuada política religiosa le sería más útil que utilizar la fuerza represora, aunque no renunciara a ella en momentos puntuales. Un medio de suavizar la obligación de abandonar los hogares tradicionales por una ciudad de nuevo cuño era conservar aquellos cultos que podían mantener el vínculo afectivo con la *patris*, aunque ya no se estuviera vinculado físicamente a ella. Así, Megalópolis explotó la potencialidad de los santuarios tradicionales de dos modos, ambos igualmente sutiles.

En primer lugar, cuidó de que el abandono de las tierras en las que se asentaban los antiguos cultos no implicaran el descuido de los mismos. En el caso de

11. Paus. VIII 27, 6.

12. Paus. VIII 27, 6.

Tisoa, su santuario de la Gran Diosa recibe un impulso renovador a partir del sinecismo (Jost, 1986, p. 153 y 1994a, p. 226) y, a pesar de que sus comunidades respectivas estaban abandonadas para cuando el Periegeta pasó por allí, en Zeteo y Tricolonos, antiguas comunidades eutresias absorbidas por el sinecismo, todavía se mantenían cultos a Deméter y Ártemis y a Poseidón respectivamente¹³, lo que indica hasta qué punto cuidó Megalópolis las continuidades religiosas.

Topográficamente hablando, no hubo un cambio religioso, puesto que los mismos santuarios se mantuvieron en idénticos lugares y continuaron recibiendo culto. Sin embargo, los paisajes religiosos cambiaron por completo, ya que perdieron sus antiguos significados para adoptar otros nuevos. La percepción que de los santuarios a Deméter y Ártemis tenían los habitantes de Zeteo antes del sinecismo de Megalópolis no puede ser la misma que después de éste, aun cuando exteriormente nada hubiese sido modificado. La continuidad con el pasado es una ficción útil para el poder porque rellena de un contenido caduco las nuevas formas revestidas de ropajes antiguos. De este modo, se consigue que esas nuevas formas sean aceptadas por lo que no son, es decir, por reductos del pasado, en vez de por señas de identidad de los nuevos tiempos.

El monumento, el santuario en este caso, es un signo que codifica un mensaje, un modo de representar la identidad colectiva, que se presenta como permanente, ya que el monumento se construye con afán de supervivencia. Con su manipulación, los gobernantes no sólo usurpan el pasado sino también el futuro. El poder político se legitima retrospectivamente al tiempo que se inmortaliza para el futuro. La «memoria cultural» de un pueblo, término acuñado por Jan Assmann, se construye reflejando sólo determinadas condiciones elegidas de un contexto social particular y los monumentos son unos *loci memoriae* especialmente poderosos a la hora de reflejar el pasado construido (cf. Holtorf, 1997, pp. 47-50). No se trata sólo de lo que recordamos, sino de lo que queremos recordar y los modos empleados para ello, lo cual rompe con el modelo de memoria como archivo que se utilizó en psicología antes de la revolución epistemológica que supuso la psicología cognitiva (Nora, 1997; Alcock, 2002, p. 29).

En segundo lugar, desarrolló una política de «dobletes», es decir, trasladó al centro cívico réplicas de los cultos vinculados a los hogares abandonados, recreando el espacio en un nuevo lugar, pero sin desmantelar el culto originario, pues se trataba de honrarlos, no de castigarlos¹⁴. Un ejemplo bastante claro es el del Hermes Acacesio. Su estatua de culto permaneció en pie en la ciudad incluso una vez que ésta fue abandonada, pero en el ágora de Megalópolis se construyó un templo con

13. Paus. VIII 35, 6.

14. Los «dobletes» no son exclusivos de la política megalopolitana, aunque sí muy característicos (Jost, 1992, p. 228). En Arcadia, por ejemplo, se duplican también los cultos en Fénéos con el culto al Hermes del Cileno, que tenía un santuario en el monte y otro en la ciudad, y en Cafias con el santuario de la Ártemis Knakalesia (Jost, 1992, pp. 223-224). Sobre los cultos desplazados como medio de castigo político ver ALCOCK, 1993, pp. 175-180.

una réplica suya a la mayor gloria del nuevo paisaje religioso revestido de pasado¹⁵. También es posible que el culto a las Grandes Diosas de Megalópolis fuera una reelaboración política ritualizada en consonancia con el nombre de la ciudad aprovechando el poder e influencia de las diosas de Licosura. Las dos diosas, producto de la asociación sincrética entre Deméter y una joven diosa epicoria, encarnarían, en este caso, el concepto de sinecismo religioso (Stiglitz, 1967, pp. 16-30; 145-156)¹⁶. El complejo religioso de las Grandes Diosas de Megalópolis contó con un *hierón* de la Afrodita Macanítide¹⁷ en el que se encontraban los *xoana* de Hera, Apolo y las Musas arrebatados a Trapezunte, la ciudad traidora¹⁸. En este caso no se trata de un doblete: la ciudad se levantó contra Megalópolis y en castigo ésta les arrebató sus dioses en vez de replicarlos y honrarlos doblemente de ese modo.

La «tradición oficial arcadia», como la califica Hejnic, construida y extendida por Megalópolis, primó tanto social como histórica, pero sobre todo mítica y religiosamente, a la frontera suroeste. De ella procedían los mitos y los personajes divinos o heroicos que se elevaron al rango de «panarcadios» (el Zeus Liceo, la Calisto osa, Despina, la Deméter Melena, el Apolo Epicuro...), de ella los cultos que se trasladaron a la Gran Ciudad (el Apolo Parrasio, el Hermes Acacesio, el Zeus Licáon...), como si la región entera hubiese estado siempre unida alrededor de unas creencias locales y localizadas que, gracias a la construcción ideológica, se exportaron como étnicas y panarcadias, creencias que, a su vez, justificaban el control político de «todos los arcadios» por una parte de los mismos. El poder no es un fenómeno restringido a las relaciones de fuerza, sino que se encuentra en todas las relaciones humanas, y la tradición contribuye al juego del dominio. Es el eslabón que une lo trascendental y/o monumental con lo transitorio y cotidiano, convirtiéndolo en un hábito que lo integra más fácilmente en el devenir vital (Chapman, 1997, p. 32). La promulgación de mitos de origen y leyendas épicas, así como el mantenimiento de formas rituales cuyo sentido original se ha perdido para pasar a significar permanencia, son otros modos de control ideológico desde el poder, especialmente en sociedades iletradas para las que los textos carecen, en gran medida, de poder comunicativo (Bradley, 1987, p. 4; Barret, 1991, p. 7; Segarra, 1997, pp. 285-286; Alcock, 1994, p. 258).

15. Paus. VIII 30, 6.

16. Ésta es la opinión de Stiglitz aunque, por su parte, JOST (1994b) considera que las Grandes Diosas de Megalópolis son un culto puramente eleusino introducido en la ciudad al poco de su fundación (Stiglitz habla del s. II) aprovechando el inmenso prestigio del culto de la Deméter Eleusina. MOGGI (y OSANNA, 2003, p. 442) cree que la datación de Jost es demasiado temprana y también se inclina por la primera mitad del s. II.

17. Macanítide es un epíteto que sólo se emplea en Megalópolis, donde también se aplica a la diosa Atenea. Puede traducirse por «inventora». La diosa se relaciona con su compañero de culto, Hermes, ambos deidades del cambio (PIRENNE-DELFORGE, 1994, p. 265). Sobre el papel de Afrodita en Arcadia ver también VALDÉS, 2005, pp. 59-75.

18. Paus. VIII 27, 6 y 31, 5.

Las versiones megalopolitanas de los mitos antiguos desterraron gran número de variantes arcaicas y se implantaron con fuerza, especialmente en el universo de la escritura, pues el poder las apoyó y trató de extenderlas. Así, de los 28 hijos de Licaón que nombra Pausanias¹⁹, 22 fundan ciudades en el área megalopolitana (Roy, 1968, p. 287), lo que sin duda era una forma de demostrar míticamente la antigüedad de un territorio que había nacido de modo artificial (Hiller, 1927, p. 6). Apolodoro, por su parte, da otra versión diferente del mito: Licaón tuvo 50 hijos y las fundaciones que llevaron a cabo algunos de ellos no se corresponden con la topografía de la monarquía de Pausanias²⁰.

Figalía, que no llegó a ser absorbida por Megalópolis, también cayó, no obstante, bajo el poder «mítico» de Megalópolis cuando se crea la tradición que convierte a Figalio en uno de los 28 hijos de Licaón²¹. Que la tradición sobre este Figalio no estaba asentada lo demuestra el hecho de que el propio Pausanias dude entre el Figalio hijo de Licaón y el Fialo hijo de Bucolión como fundador de Figalía, para acabar quedándose con la que defendía la «tradición oficial arcadia»²². De la misma forma, Pausanias afirma que Despina era la diosa más venerada por los arcadios²³; sin embargo, las fuentes (entre ellas el propio Pausanias) sólo tratan de Despina en relación con la frontera suroeste y el área de expansión de Megalópolis, aparte de algún otro rincón del Peloponeso, pero fuera ya de Arcadia²⁴.

Las comunidades que formaron parte del sinecismo se integraron en una estructura socio-política distinta a la original pero, ¿con qué categoría? Las opiniones son variadas. Para Roy (1972a y 1996) las comunidades absorbidas perdieron su *status* de *pólis* para pasar a ser entidades dependientes de Megalópolis. Algunas conseguirían recuperarlo más tarde; los Estados tribales, en cambio, desaparecieron casi por completo. Sin embargo, la pérdida de la completa autonomía política o su limitación no implica necesariamente una incompatibilidad con el *status* de *pólis*, ya que la autonomía no es una condición *sine qua non* de una ciudad-estado ni la eliminación de la misma es un requisito imprescindible de la constitución de un sinecismo (Nielsen, 2002, 433; Cardete, 2005, pp. 55-56).

Para Moggi (1976, p. 313), la diferencia en el tratamiento de los mismos centros por parte de Pausanias, que habla generalmente de *poleis*, y de Diodoro, que

19. Paus. VIII 3.

20. Apolod. III 8.

21. Sobre la relación entre Figalía y la Parrasia y la conformación por ambas del concepto de «frontera suroeste arcadia» remito a CARDETE, 2005.

22. Paus. VIII 39, 2 y 3, 1-2.

23. Pausanias VIII 37, 9.

24. Paus. VIII 10, 10 (Licosura); 27, 6 (Licosura); 35, 2 (frontera entre Mesenia y Megalópolis); 36, 9 (Licosura); 37, 1-10 (Licosura); 38, 2 (Licosura); 42, 2 (Figalía). Despina también era venerada en Lacedonia (IG V 1, 364 y SOKOŁOWSKI, 1969, n.º 63, pp. 118-119). La exageración de Pausanias también puede deberse, al menos en parte, a una predilección personal por la diosa, ya que él mismo sugiere haber sido iniciado en los misterios de Licosura (PRETZLER, 1999, p. 184).

utiliza el término *kome*, no implica un cambio de *status*, sino un matiz semántico. En general tratamos con comunidades autónomas definidas jurídicamente pero con centros urbanos mínimos o inexistentes. Es posible, por tanto, que el término de Pausanias haga referencia a la condición jurídico-política de los centros y Diodoro incida más en las características físicas del asentamiento.

Para Jost (1986, pp. 150-153) la discusión también se centra en el aspecto semántico. Esta investigadora considera que la alternancia en el uso de *kome* y *polis* (incluso refiriéndose a la misma población) tanto por parte de Pausanias como de Diodoro no reduce la carga semántica de los términos, sino que éstos se emplean para designar diferentes situaciones. En el caso de Helisonte, por ejemplo, que es definida como *kome* de Mantinea hasta principios del s. iv, *kome* de Megalópolis a partir del sinecismo, *pólis* en el s. ii y, con Pausanias, de nuevo como *kome*, considera que la palabra *pólis* empleada en los documentos del sinecismo designaría a la ciudad como hábitat mientras que *kome* definiría el *status* jurídico-político de sus habitantes que, sin ser autónomos, gozaban de ciertos privilegios, como el de continuar organizando libremente sus cultos, como resultado de la política religiosa de Megalópolis que he comentado.

2. LA CONFEDERACIÓN ARCADIA²⁵

La historia de Megalópolis corre pareja a la de la malograda Confederación Arcadia, pues aunque la ciudad permaneció mucho más tiempo del que logró sobrevivir la Confederación²⁶, sus fundaciones ocurren a la par y son dos elementos básicos del mismo sistema político²⁷. Dusănić (1970, p. 282) en su ya famoso estudio sobre la

25. En general se habla de esta institución como Confederación, aunque existe un debate sobre si debería calificársela de tal o, más bien, de Liga. Considero que, dado que existe una asamblea federal (IG V 2, 1), podemos hablar con propiedad de Confederación o de Estado federal (NIELSEN, 2002, p. 475; ROY, 2000b; DUSĂNIĆ, 1970, p. 338). Interesante reflexión sobre el valor del término «liga» en MOGGI, 2002, pp. 117-118.

26. Megalópolis sufrió un terrible descalabro en el 223, cuando el rey espartano Cleómenes la tomó al asalto y mandó incendiarla (Plb. II 55, 7; Paus. VIII 27, 16). No obstante, se recuperó, gracias en parte a que Filopemen, el más recordado héroe militar arcadio, puso a salvo en Mesene a gran parte de la población y, posteriormente, se revolvió contra Cleómenes, apoyado por los aqueos (que le nombrarían hiparco de la Confederación Aquea), vencidos en la batalla de Selasia (222 a.C.) (Paus. LXIX, 4-7; Plut. *Philop.* V, 1-5).

27. Algunos autores (CURTIUS, 1851; HEAD, 1911, p. 444; FOUGÈRES, 1904, pp. 1434-1435; WALLACE, 1954, pp. 33-35; WILLIAMS, 1965; CALTABIANO, 1969-1970), basándose en la existencia de la acuñación *Arkadikon* (la acuñación más voluminosa del Peloponeso en su época –del 490 al 418 a.C.–, formada por 641 monedas entre trióbolos, óbolos y quizá semióbolos arcadios de peso egineta de plata con la figura de Zeus en el anverso, generalmente sentado y acompañado de un águila, y el lema *Arkadikon* o una abreviatura del mismo en el reverso junto con la imagen de una diosa que pudiera ser Despina o Ártemis, aunque permanece inidentificada (WILLIAMS, 1965, p. 33; NIELSEN, 1996b, p. 39), han defendido que existió una primera Liga Arcadia ya en el s. v. A mi juicio es una hipótesis carente de apoyo, como explico detenidamente en CARDETE, 2005, pp. 194-198. Tan sólo con la fundación de Megalópolis

Confederación Arcadia sentenciaba que el sinecismo megalopolitano era «undoubtedly a federal project», pero creo que esta opinión puede matizarse. Sin dudar de la influencia que ambas fundaciones tienen la una sobre la otra, creo que la Confederación no hubiese existido posiblemente sin el impulso de la Megalópolis unida (que, no lo olvidemos, sobrevive ampliamente a la propia Confederación), mientras que Megalópolis quizá sí hubiese podido constituirse y sobrevivir si la Confederación no se hubiese materializado, pues es un elemento menor del ambicioso proyecto confederativo. De hecho, aunque la Confederación no parece tan claramente «presidencialista» como la Calcídica o la Beocia (Nielsen, 2002, p. 481), creo que Megalópolis ejerció el liderazgo de la misma por varias razones.

En primer lugar, el decreto de Filarco lista el número de *damiorgoi*²⁸ de cada una de las comunidades que formaban parte de la Confederación y Megalópolis es la que cuenta con más, hasta 10, frente a los 5 de Mantinea o Tegea (sus inmediatas seguidoras en influencia política), Cinuria, Orcómeno, Clítor, Herea y Telpusa, los 3 de la Menalia y los 2 de Lépreo.

En segundo lugar, se suele admitir que Megalópolis fue el centro de reunión de la Confederación²⁹, para lo cual se habría utilizado y quizá hasta levantado el Tersilio³⁰, a cuya construcción se dedicaron destacables esfuerzos económicos (Tsiolis, 1995, p. 52). Es posible que Megalópolis compartiera con Tegea esta función, puesto que Jenofonte hace referencia a ello y, además, el único decreto de la Confederación que ha aparecido completo, el ya famoso decreto de Filarco, se encontró precisamente en Tegea. También es posible que Tegea ostentara este papel en solitario³¹.

En tercer lugar, Megalópolis alimentaba una ideología panarcadia que la tenía a ella por centro y que movía a la Confederación a presentarse como representante de una Arcadia unida cuando sólo las ciudades del sur formaban parte de ella. El uso que Demóstenes hace del término «arcadios» para referirse a los megalopolitanos,

y de la Confederación Arcadia del 370 puede hablarse con propiedad de un proyecto panarcadio (que no una materialización), proyecto que Megalópolis impulsó con ahínco pero que no llegó a cuajar.

28. No se sabe cuáles eran las atribuciones de los *damiorgoi*, simplemente que debían de ejercer algún tipo de representación oficial o magistratura (NIELSEN, 1996a, p. 94 y 2002, pp. 473 y 477), aunque también se les ha comparado con los beotarcas de la Confederación Beocia, con poder decisorio en los asuntos estatales (LARSEN, 1968, p. 193).

29. Paus. VIII 32, 1 y Harpócrates s. v. *Múrioi en Megále Pólei*.

30. Paus. VIII 32, 1. TSIOLIS, 1995 defiende con coherencia la hipótesis de que el Tersilio fuera un edificio cívico (muy posiblemente un *eklesiasterion*, que también pudo haberse utilizado con fines agnósticos-musicales) de la ciudad-estado de Megalópolis que, en las ocasiones necesarias, se utilizara como centro de reunión de la Confederación y, una vez que ésta desapareció, continuara funcionando como lugar de reunión de la *eklesía*. Si se hubiese creado únicamente como sala de reunión de los 10.000 habría quedado fuera de la jurisdicción políada, creando un estatuto político sumamente anómalo que aquellos que lo han defendido califican de *double city* (BURY, 1898; PETRONOTIS, 1973, p. 212).

31. Jen. *Hel.* VI 5, 6.

alternando con el propio de megalopolitanos, es una buena muestra de los efectos de dicha campaña propagandística³².

Por último, el papel rector de Megalópolis no supone que Mantinea y Tegea no fueran un puntal imprescindible de esta Confederación. Ahora bien, no creo posible que, como defiende Dusănić (1970, p. 285), fuera Mantinea, con Licomedes a la cabeza como su representante³³, la que desarrollara el proyecto federal, ni siquiera, como sostiene Moggi (1974, p. 101), que fuera la que más se implicara en ello, puesto que los problemas de mantineos y tegeatas fueron la fuente de tensión constante de la Confederación y la causa política de que ésta fracasara finalmente a los nueve años escasos de su fundación. Un fundador entregado a la causa federal hubiese puesto más empeño en mantenerla.

La Confederación Arcadia fue fundada en el 371-370, algo después de la derrota de Esparta en Leuctra, con un marcado carácter antiespartano, el mismo que animaba el proyecto megalopolitano y que llevó a sus impulsores a absorber para el sinecismo a dos comunidades periecas espartanas para las que se reclamaba un hipotético origen arcadio, Egitis y Escirítide³⁴, a las que, tras Leuctra, se sumaría Eua (Nielsen, 2002, p. 111). Los tebanos apoyaron e impulsaron el proyecto ya que Esparta era uno de sus obstáculos hacia el poder, al igual que lo hicieron los atenienses, cuyas relaciones con Arcadia se estrecharon durante este período a través de tratados políticos y relaciones culturales³⁵ (Dusănić, 1970, pp. 286-290 y 343-345). Una de las consecuencias de la creación de la Confederación fue, precisamente, permitirle a Tebas la restauración de Mesene, lo que le otorgaba un puesto en el Peloponeso y molestaba profundamente a Esparta, que tenía que asistir a la resurrección política de los hasta entonces dominados mesenios³⁶.

32. Demost. XXVI.

33. Según Diodoro fue él quien propuso formar una confederación para unir a todos los arcadios (XV 59, 1).

34. *IvO* 47. Tucídides, sin embargo, considera que Escirítide forma parte de Laconia y que sus habitantes son lacedemonios (Tuc. V 33, 2 y 67, 1).

35. La Confederación Arcadia firmó una *symmachia* con la Élide, Argos y Beocia (Diod. XV 62, 3), en el 366 una *symmachia* con Atenas (Jen. *Hel.* VII 4, 2 y VII 4, 6), otra con Pisa, Sición y Mesene durante 365-362 (*SEG* XXII 339) y un tratado de paz con la Élide en el 364 (Jen. *Hel.* VII 4, 35-36). DUSĂNIC (1970, p. 289) considera que la Confederación fue planeada por los emigrados mantineos del 385 que se establecieron en Atenas y que contarían con la ayuda de Platón e Isócrates, opinión que me parece algo exagerada en sus posibilidades, puesto que la relación entre Platón e Isócrates con los arcadios no deja de ser circunstancial, aunque se inscriba en una política de relaciones fluidas.

36. La fundación de Mesene fue una de las decisiones políticas de Epaminondas en su lucha contra el poderío espartano. Asimismo, participó en la fundación de Megalópolis y quizá también en la refundación de Mantinea. Esto ha llevado a algunos historiadores modernos, siguiendo las opiniones de, entre otros, Pausanias (VIII 8, 10 y IX 14, 4-5) a considerar que la situación política del Peloponeso en el s. IV fue un plan diseñado por Epaminondas para aislar a Esparta. Parece, no obstante, más probable que la presencia de Epaminondas en todos estos acontecimientos no forme parte de un plan pre-determinado sino, más bien, de oportunismo político y que los historiadores de la antigüedad, proclives a atribuir los «grandes hechos» a los «grandes hombres», situaran a Epaminondas en el epicentro de las tensiones del momento (DEMAND, 1990, pp. 107-119).

El odio a Esparta y la posibilidad de librarse de su amenaza ahora que se había convertido en una enemiga debilitada llevó a Mantinea y Tegea, rivales encarnizadas gobernadas hasta el 370 por gobiernos proespartanos, a participar conjuntamente en este proyecto, que les costó graves crisis internas. En Mantinea la transición estuvo marcada por la reconstrucción de sus murallas, acto que contó con el apoyo de gran parte del mundo griego, y fue bastante fluida³⁷, puesto que el grupo proespartano apenas si tenía raíces sociales. No obstante, en Tegea se desató una guerra civil entre pro y antiespartanos en la que terminaron ganando éstos, apoyados por los mantineos³⁸. Aparte de sus cinco primeros fundadores³⁹, Megalópolis⁴⁰, Tegea⁴¹, Mantinea⁴², Clítor⁴³, los parrasios⁴⁴ y los menalios⁴⁵ (estos dos últimos habían contribuido con sus comunidades a la formación de Megalópolis), pertenecieron a la Confederación Arcadia Lépreo⁴⁶, los cinurios⁴⁷, Orcómeno⁴⁸, Herea⁴⁹ y Telpusa⁵⁰. Es también muy posible que formaran parte de esta empresa Estínfalo⁵¹, Lasion⁵², Eua⁵³, Eutea⁵⁴ y Palantio⁵⁵. Es decir, a la Confederación perteneció casi toda la Arcadia del sur. No obstante, la publicidad megalopolitana fomentó siempre la idea de una organización federal panarcadia⁵⁶.

La constitución federal es poco conocida. Sabemos que contaba con una asamblea conocida como *Múrioi*, un número que representaba para los griegos la frontera entre lo contable y lo incontable, una hipérbole más, como el nombre de la propia Megalópolis o las construcciones que en ella se levantaron, destacando su teatro, el más grande de Grecia según Pausanias, con capacidad para 20.000 espectadores⁵⁷ (Fig. 2). No conocemos muy bien su funcionamiento pero debió tener cierto poder, al menos el suficiente como para anular decisiones de arcontes federales,

37. Jen. *Hel.* VI 5, 4.38. Jen. *Hel.* VI 5, 6.

39. Paus. VIII 27, 2.

40. *IG V 2, 1*, lín. 23.41. *IG V 2, 1*, lín. 10.42. *IG V 2, 1*, lín. 34.43. *IG V 2, 1*, lín. 52.44. Paus. VIII 27, 4; Diod. XV 72, 4; *IG V 2, 2*, lín. 6.45. *IG V 2, 1*, lín. 16.46. *IG V 2, 1*, lín. 20.47. *IG V 2, 1*, lín. 40.48. *IG V 2, 1*, lín. 46.49. *IG V 2, 1*, lín. 58.50. *IG V 2, 1*, lín. 64.51. Jen. *Hel.* VII 3, 1.52. Jen. *Hel.* VII 4, 12.53. Stef. Bizan. v. Eua = Teopompos, *FGrHist* 115 F 61.54. Jen. *Hel.* VI 5, 12.

55. Diod. XV 59, 3.

56. Jen. *Hel.* VII 4, 36.

57. Paus. VIII 32, 1. El teatro fue construido entre 360-330.

enviar embajadas y tomar la iniciativa en política exterior⁵⁸ y quizá también para elegir magistrados⁵⁹, conducir auditorías⁶⁰ y servir de corte de justicia⁶¹.

La asamblea se encargaba de la elección del estratega quien, presumiblemente, ostentaba su cargo por un año y podía ser reelegido (Dusănic, 1970, 341)⁶². Sólo conocemos la identidad de dos estrategas de la Confederación. El primero fue el mantineo⁶³ Licomedes, que disfrutó de dos mandatos seguros (370-369 y 369-368)⁶⁴ y otros dos probables (371-370 y 366)⁶⁵; el segundo el estínfalo Eneas, probablemente entre 367-366⁶⁶ (Nielsen, 2002, p. 480).

La asamblea estaba asistida por un consejo del que no sabemos más que su existencia⁶⁷. La Confederación mantuvo un ejército permanente de unos 5.000 miembros⁶⁸, los *epáritoi*⁶⁹, de carácter ciudadano⁷⁰, que servía como tropas regulares y como policía. Cada ciudad era responsable de su pago hasta que, en el 363, dicho pago fue abolido por la asamblea, lo que posiblemente fue una de las causas del uso indebido del tesoro de Olimpia (Nielsen, 2002, p. 490; Pritchett, 1974, p. 223; Larsen, 1968, p. 188 y Dusănic, 1970, p. 342)⁷¹. Las diferentes comunidades de la Confederación también contribuían a la misma con impuestos que se ha propuesto pudieran depender del tamaño de la población, pero se trata sólo de una hipótesis (Larsen, 1968, p. 189).

Dusănic (1970, pp. 344-345) ha visto en esta constitución la influencia del pensamiento platónico, difícil de encasillar desde el punto de vista de los convencionalismos políticos demócratas u oligárquicos. De hecho, sabemos que los arcadios y los tebanos propusieron a Platón como su legislador, aunque al parecer él rehusó porque ni los unos ni los otros estaban de acuerdo con su principio isonómico⁷², lo cual podría entenderse como un rasgo autoritario y prooligárquico de aquéllos.

58. Jen. *Hel.* VII 4, 34 y 4, 2.

59. Jen. *Hel.* VII 1, 23-24.

60. Jen. *Hel.* VII 4, 34.

61. Jen. *Hel.* VII 4, 33.

62. Jen. *Hel.* VII 3, 1.

63. Diodoro dice que Licomedes era tegeata (XV 59, 1), aunque debe tratarse de un error porque él mismo le llama mantineo poco después (XV 62, 2), al igual que hace Jenofonte (*Hel.* VII 1, 23).

64. Diod. XV 62, 2 y 67, 2.

65. Diod. XV 59, 1 y Jen. *Hel.* VII 3, 1.

66. Jen. *Hel.* VII 1, 23-24 y 3, 1.

67. *IG V 2*, 1, líns. 2-3. LARSEN (1968, pp. 187 y 189) asume que las ciudades federadas estaban representadas en el consejo proporcionalmente a su población, pero no deja de ser una hipótesis generalizadora.

68. Según LARSEN (1968, p. 188), la cifra es un poco elevada para un ejército regular pero, en general, ha sido aceptada. PARKE (1933, p. 93) cree que debería tratarse de una fuerza más pequeña que la Banda Sagrada Tebana.

69. Diod. XV 62, 2.

70. Jen. *Hel.* VII 4, 33-34.

71. Jen. *Hel.* VII 4, 34.

72. Cl. Eliano *VH* II 42; Diógenes Laercio III 23.



FIG. 2. Teatro y parte del Tersilio de Megalópolis (Fotografía: M.^a Cruz Cardete del Olmo).

Las figuras de los estrategos y la asamblea de las *Leyes*, emanadas de la asunción de que la política debía combinar formas monárquicas y democráticas⁷³, pueden considerarse la base teórica del estratego y los 10.000 de la Confederación Arcadia.

En política exterior la Confederación siguió una línea marcadamente antiespartana y bastante unitaria. Sólo Estínfalo firmó un tratado como Estado independiente durante el período de vigencia de la Confederación⁷⁴, mientras que la Confederación como tal rubricó varios acuerdos⁷⁵. Su política antiespartana (expresada a la perfección por el elocuente discurso que Jenofonte atribuye a Licomedes)⁷⁶ tenía profundas raíces históricas en casi todos los territorios que formaron parte de la Confederación que, una vez unificadas sus fuerzas y calmados o soterados los enfrentamientos internos (la encarnizada oposición tegeata-mantinea era ya todo un tópico en el panorama político arcadio), tenía a Esparta como enemigo natural, un enemigo, además, muy beligerante. Su animadversión con Esparta no supone inmediatamente que la Confederación se rigiera por un sistema

73. Plat. *Ley.* 702 C.

74. Dicho tratado fue firmado con Atenas en el 368-364 (*SEG* XXXVI 147).

75. Sobre los tratados de la Confederación Arcadia con potencias exteriores ver nota 34.

76. Jen. *Hel.* VII 1, 23-24.

democrático⁷⁷. No obstante, en sus relaciones exteriores lo más frecuente fue que apoyara a Estados de tendencias demócratas (Nielsen, 2002, p. 490; Roy, 2000b).

La vida de la Confederación fue muy breve, pues se escindió en el 362 por causas difíciles de dilucidar en su complejidad, aunque de un modo un tanto simplista puede hablarse de causas generales de carácter político y económico.

En el plano político, la situación en el Peloponeso se había vuelto muy inestable⁷⁸. La intervención tebana en el Peloponeso terminó de convencer a los atenienses de que Tebas era un peligro y les forzó a aceptar una peculiar alianza con Esparta. En el 369 Epaminondas llevó a cabo su segunda incursión en el Peloponeso. Licomedes de Mantinea se asustó del poder tebano y, temeroso de haber cambiado la servidumbre a Esparta por la de Tebas, convenció a los arcadios para renegar del empuje tebano, que había fortalecido una excesiva Megalópolis y desatado guerras continuas con los vecinos (Dusănić, 1970, p. 295). Fue entonces cuando Orcómeno y Herea se unieron a la Confederación y ésta firmó una alianza con Mesene y las ciudades trifilias, que pretendían escapar del control eleo. Los espartanos, apoyados por Dioniso de Siracusa, ganaron a estas fuerzas en la ya nombrada «batalla sin lágrimas», pero sería la última vez que lo hicieran.

En el 367 los tebanos comandaron una tercera expedición al Peloponeso. En el 366 los arcadios se escindieron de la alianza tebana y firmaron una alianza defensiva con Atenas. Al poco, Licomedes fue asesinado por refugiados arcadios, lo cual no inhabilitó el acuerdo pero sí supuso un duro golpe a la unidad de la Confederación.

En el 365 la Liga fue a la guerra con la Élide y los arcadios consiguieron, un año después, arrebatárselos a los eleos el derecho a presidir los Juegos Olímpicos, trasladándose a los pisanos. La CIV Olimpiada se convirtió en una verdadera batalla campal en la que los eleos fueron derrotados y obligados a retirarse. Fue entonces, en el 363, cuando los arcadios comenzaron a utilizar dinero «prestado» por el tesoro de Olimpia para pagar los gastos de la guerra, sacrilegio al que se opusieron los mantineos. Los arcontes confederados llamaron al orden a los responsables mantineos, que se negaron a presentarse ante ellos. Su enfrentamiento a la autoridad les valió una condena que los mantineos se negaron a cumplir. La ciudad no entregó a sus representantes y consiguió que en una asamblea se condenara el uso de los tesoros olímpicos con fines confederados. El resultado fue que los *eparittoi* con medios insuficientes para mantenerse sin sueldo fueron sustituidos por *dunámenoí*, es decir, por ciudadanos con ciertas posibilidades económicas que dieron un sesgo conservador a la política confederada.

Los arcontes, ante el giro de los acontecimientos, enviaron una embajada a Tebas con un mensaje alarmista que avisaba de la pronta unión de la Confederación con Esparta, lo cual sirvió de excusa para que Tebas se preparara para invadir la

77. Jen. *Hel.* VII 4, 15.

78. Jen. *Hel.* VII 4, 33-40 y 5, 1-27.

Arcadia. La Confederación se dispuso a defenderse en un juego político confuso. Primero firmó la paz con la Élide (lo cual significó renunciar a Olimpia), pero algunos arcontes colaboraron con un comando tebano de 300 hombres para arrestar a los prohombres de las otras ciudades arcadias. Los mantineos escaparon y movilizaron al resto de ciudades contra los traidores. Los tebanos liberaron a los prisioneros y se atuvieron a razones, pero la situación ya estaba demasiado dañada. Epaminondas decidió invadir Arcadia. La Confederación, desesperada, pidió ayuda a Atenas, pero Epaminondas era muy fuerte y, al parecer, contó con el apoyo de pequeñas comunidades arcadias y, sobre todo, con el de las grandes *poleis* como Tegea, Palantio, Asea y la propia Megalópolis⁷⁹, a cuyo sinecismo, no en vano, había colaborado con ahínco (Moggi, 1976, p. 316 y 1991, p. 1038).

La Confederación quedó, pues, escindida en dos, volviendo a enfrentarse los dos acérrimos enemigos arcadios, Tegea y Mantinea. Por un lado se encontraba Mantinea, unida al único aliado fuerte que pudo conseguir, el enemigo por antonomasia, Esparta, con cierto carácter oligárquico⁸⁰; por el otro Tegea y Megalópolis, que representaban la facción demócrata, apoyando a los tebanos⁸¹. Ambas facciones se encontraron en el 362 en la batalla de Mantinea, una victoria pírrica para los tebanos, que ganaron la batalla pero perdieron en ella a su jefe, Epaminondas, adalid del efímero poderío tebano.

En general se admite la batalla de Mantinea como la ruptura definitiva de la Confederación, pues aun cuando es posible que las dos facciones resultantes, la mantinea y la megalopolitana-tegeata, se mantuvieran durante algún tiempo, no parece que volvieran nunca a unirse como antes del 362 (Roy, 2000a, p. 136; Larsen, 1968, p. 193), pero hay algunas opiniones divergentes.

Así, Nielsen (2002, pp. 493-497) sostiene que la Confederación siguió adelante, aunque mermada en su extensión (Megalópolis y Mantinea, en principio, no volvieron a unirse), poder y atribuciones. Sus planteamientos son interesantes pero cuestionables y conducirían la Confederación hasta el 324, cuando sería disuelta por orden de Alejandro o, incluso, hasta el 235, momento en el que todas las comunidades arcadias fueron absorbidas por la Confederación Aquea.

Dušanić (1970, pp. 307 y 311-315), por su parte, defiende que la facción mantinea de la Confederación, con algún apoyo ateniense, conservó cierto carácter federal, aunque fue la facción megalopolitana-tegeata la que mantuvo una política más activa, quizá por el peligro constante de Esparta, con ayudas de Tebas y Macedonia. En el 330-320, posiblemente tras la batalla de Queronea, la Confederación viviría una breve refundación apoyada por la política de concentración de Estados

79. Jen. *Hel.* VII 5, 5.

80. DUŠANIĆ (1970, p. 306) considera que el enfrentamiento no se dio entre el bando oligárquico (dirigido por Mantinea) y el democrático (comandado por Tegea), sino entre demócratas moderados y radicales.

81. Jen. *Hel.* IV 2, 13.

pequeños en *koina* que potenció Filipo y que contribuyó a levantar en toda Grecia profundos sentimientos contra el poderío macedonio, que se entrometía sin pudor en la política interna de los diferentes Estados helenos.

En el plano económico, Dusănić (1970, p. 305) sugirió que el sinecismo de Megalópolis debió convertir la zona en un polvorín, puesto que someter a la población y recolocarla desató incesantes problemas económicos en la zona sur, cuyos cultivos se vieron afectadas por los continuos movimientos de tropas y los consiguientes descalabros agrícolas. Las clases dominantes terminarían encontrando demasiado gravoso financiar las continuas guerras internas y externas de la Confederación.

La batalla de Mantinea marcó, pues, el ocaso de la efímera «unidad arcadia» y el principio del fin tanto de la hegemonía tebana como de la preponderancia del Peloponeso en los asuntos griegos (Amit, 1973, p. 182).

BIBLIOGRAFÍA

- ALCOCK, S. E.: *Graecia capta*. Cambridge, 1993.
- «Minding the gap», en ALCOCK, S. y OSBORNE, R. (eds.): *Placing the gods. Sanctuaries and sacred space in Ancient Greece*. Oxford, 1994, pp. 248-261.
- *Archaeologies of the Greek past: landscapes, monuments and memories*. Cambridge, 2002.
- AMIT, M.: *Great and Small Poleis. A study in the relations between the great powers and the small cities in ancient Greece*. Bruxelles, 1973.
- BARRET, J.: «Towards an archaeology of ritual», en GARWOOD, P.; JENNINGS, D.; SKEATES, R. y TOMS, J. (eds.): *Sacred and profane*. Oxford, 1991, pp. 1-9.
- BRADLEY, J. R.: «Time regained: the creation of continuity», *Journal of the British Archaeological Association*, 140, 1987, pp. 1-17.
- BURY, J. B.: «The double city of Megalopolis», *JHS*, 18, 1898, pp. 15-22.
- CALTABIANO, M.: «Documenti numismatici e storia del koinón arcade dalle origini al sec. v a.C.», *Helikón*, 9-10, 1969-1970, pp. 423-459.
- CARDETE DEL OLMO, M.^a C.: *Paisajes mentales y religiosos: la frontera suroeste arcadia en épocas arcaica y clásica*. Oxford, 2005.
- CHAPMAN, J.: «Place as timeless –the social construction of prehistoric landscapes in Eastern Hungary», en NASH, G. (ed.): *Semiotics of landscape: archaeology of mind*. Oxford, 1997, pp. 31-45.
- CURTUS, E.: *Einige Bemerkungen über Arkadische Münzen*. Berlin, 1851.
- DEMAND, N. H.: *Urban relocation in Archaic and Classical Greece. Flight and consolidation*. Bristol, 1990.
- DUSĂNIĆ, S.: *Arkadski Savez IV Veka (The Arcadian League of the fourth century)*. Belgrado, 1970.
- FOUGÈRES, G.: «Lykaia», *DA*, 1904, pp. 1432-1437.
- HEAD, B. V.: *Historia numorum. A manual of Greek Numismatics*. Oxford, 1911.
- HEJNIC, J.: *Pausanias the perieget and the archaic history of Arcadia*. Praga, 1961.
- HILLER VON GAERTRINGEN, F.: «Pausanias' arkadische Königsliste», *Klio*, 21, 1927, pp. 1-13.

- HOLTORF, C. J.: «Megaliths, monumentality and memory», *Archaeological Review from Cambridge, An archaeological assortment*, 14 (2), 1997, pp. 45-66.
- HORNBLOWER, S.: «When was Megalopolis founded?», *BSA*, 85, 1990, pp. 71-77.
- JOST, M.: «Villages de l'Arcadie antique», *Ktema*, 11, 1986, pp. 145-158.
- «Sanctuaires ruraux et sanctuaires urbains en Arcadie», en REVERDIN, O. y GRANGE, B. (eds.): *Le sanctuaire grec. Huit exposés suivis de discussions*. Genève, 1992, pp. 205-245.
- «The distribution of sanctuaries in civic space in Arkadia», en ALCOCK, S. y OSBORNE, R. (eds.): *Placing the gods. Sanctuaries and sacred space in Ancient Greece*. Oxford, 1994a, pp. 216-230.
- «Nouveau regard sur les Grandes Déesses de Mégalopolis; influences, emprunts, syncrétismes religieux», *Kernos*, 7, 1994b, pp. 119-129.
- LARSEN, J. A. O.: *Greek federal states. Their institutions and history*. Oxford, 1968.
- MOGGI, M.: «Il sinecismo di Megalopoli (Diod. 15, 72, 4; Paus. 8, 27, 1-8)», *ASNP Serie III*, 4 (1), 1974, pp. 71-107.
- *I sinecismi intestatali greci. Dalle origini al 338 a.C.* Pisa, 1976.
- «Tradizione e innovazione nella cultura greca da Omero all'età ellenistica», *AnnPisa serie III*, 21, 1991, pp. 1033-1045.
- «Sulle origini della lega achea», en GRECO, E. (ed.): *Gli Achei e l'identità etnica degli Achei d'Occidente, Atti del Convegno Internazionale di studi Paestum, 23-25 Febbraio 2001*. Paestum, 2002, pp. 117-132.
- MOGGI, M. y OSANNA, M. (ed., trad. y notas): *Pausania. Guida della Grecia. Libro VIII. L'Arcadia*. Milano, 2003.
- NIELSEN, T. H.: «A survey of dependant poleis in classical Arkadia», en HANSEN, M. H. y RAAFLAUB, K. (eds.): *More studies in the ancient Greek polis, Papers from the Copenhagen Polis Centre*, 3. Stuttgart, 1996a, pp. 63-105.
- «Was there an Arkadian confederacy in the fifth century B. C.?», en HANSEN, M. H. y RAAFLAUB, K. (eds.): *More studies in the ancient Greek polis, Papers from the Copenhagen Polis Centre*, 3. Stuttgart, 1996b, pp. 39-61.
- *Arkadia and its poleis in the Archaic and Classical Periods*. Göttingen, 2002.
- NORA, P. (ed.): *Les lieux de mémoire*, 3 vols. Paris, 1997.
- PARKE, H. W.: *Greek mercenary soldiers. From the earliest times to the battle of Ipsus*. London, 1933.
- PETRONOTIS, A.: *Ἡ Μεγάλη Πόλις τῆς Ἀρκαδίας*. Atenas, 1973.
- PIRENNE-DELFORGE, V.: *L'Aphrodite grecque*. Athènes-Liège, 1994.
- PRETZLER, M.: *Pausanias' Arkadia* (D. Phil. Thesis). Oxford, 1999.
- PRITCHETT, W. K.: *The Greek State at war. Part II*. California, 1974.
- ROY, J.: «The sons of Lycaon in Pausanias' Arcadian King-list», *BSA*, 63, 1968, pp. 287-292.
- «Tribalism in Southwestern Arcadia in the Classical Period», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae*, 20, 1972a, pp. 43-51.
- «An Arcadian league in the earlier fifth century B. C.?», *Phoenix*, 26, 3, 1972b, pp. 334-341.
- «Polis and tribe in classical Arkadia», en HANSEN, M. H. y RAAFLAUB, K. (eds.): *More studies in the ancient Greek polis, Papers from the Copenhagen Polis Centre*, 3. Stuttgart, 1996, pp. 107-112.
- «The frontier between Arkadia and Elis in Classical Antiquity», en FLENSTED-JENSEN, P.; NIELSEN, T. H. y RUBINSTEIN, L. (eds.): *Polis and politics. Studies in Ancient Greek history*. Copenhagen, 2000a, pp. 133-158.

- «Problems of democracy in the Arcadian Confederacy 370-362 BC», en BROCK, R. y HODKINSON, S. (eds.): *Alternatives to Athens: varieties of political organization and community in ancient Greece*. Oxford, 2000b, pp. 308-326.
- SEALEY, R.: *A history of the Greek city states, ca. 700-338 B.C.* Berkeley, 1976.
- SEGARRA CRESPO, D.: «La alteridad ritualizada en la ofrenda», *Habis*, 28, 1997, pp. 275-298.
- SOKOLOWSKI, F.: *Lois sacrés des cités grecques*. Paris, 1969.
- STIGLITZ, R.: *Die Grossen Göttinnen Arkadiens. Der Kultname. Megalai Qeai und sein Grundlagen*. Wein, 1967.
- TSIOLIS, V.: «El “Thersilion” de Megalópolis: funciones y cronología», *Gerión*, 13, 1995, pp. 47-68.
- VALDÉS GUÍA, M.: *El papel de Afrodita en el alto arcaísmo griego. Política, guerra, matrimonio e iniciación*. Messina, 2005.
- WALLACE, W. P.: «Kleomenes, Marathon, the Helots and Arkadia», *JHS*, 74, 1954, pp. 32-35.
- WILLIAMS, R. T.: *The Confederate Coinage of the Arcadians in the fifth century B.C.* New York, 1965.